



I

Precedentes de la Revolución de Independencia

Hartos del nombre de Nueva España, algunos novohispanos de las postrimerías de la época virreinal cometieron la extralimitación de llamar América a su patria. Esto, que sería un enorme disparate si se hiciera con el México de hoy, fue entonces una módica hipérbole. Por su amplitud, población, riqueza y cultura, la América mexicana era la zona principal del Nuevo Mundo.

Desde 1769, cuando se tomó posesión de la Alta California, la superficie del territorio regido por el virrey de Nueva España fue de más de cuatro millones de kilómetros cuadrados. La parte del Norte cinco veces mayor que la tropical, era virgen. Tampoco habían sido holladas, en la parte del Sur, la mayoría de las regiones próximas a la costa. El grueso de la gente se asentaba en el altiplano central del que se desprendían cuatro caminos: el de Castilla, al través de Veracruz, ataba a la Nueva con la vieja España; el de China, por intermedio de Acapulco, permitía el comercio con el remoto Oriente; el de los confines era el lazo de unión del centro con los indios de Oaxaca, Chiapas y Guatemala, y el de Santa Fe enhebraba los reales de minas.

El noventa por ciento de la población se repartía y se plantaba de por vida en miles de aldeas inconexas. El otro diez por ciento se distribuía en treinta ciudades. México, la capital política, hospedaba, en 1790, a 112,000 personas; Puebla, a 60,000, y Guanajuato, el mayor centro minero, a 40,000. Les seguían en importancia Guadalajara, Valladolid, Zacatecas, Querétaro, Mérida, San Luis y Oaxaca. En todas las ciudades se distinguían el centro y los barrios. En aquél,

alrededor de la plaza principal o próximos a ella se levantaban el templo mayor, el mercado, el palacio del cabildo y los palacetes de los ricos; en éstos, las capillas de los cristos ensangrentados y las chozas de los pobres. Los habitantes de ambas zonas compartían los aspectos más notorios de la ciudad: el toque de las campanas, la algarabía de los vendedores, los ejercicios religiosos y la fetidez del aire.

El número de habitantes crecía con lentitud. De 1790 a 1810 sólo se consiguió pasar de cuatro y medio a seis millones. Un ser humano de cada dos moría niño. El tifo, el paludismo, la viruela, la pulmonía y el hambre solían castigar con mano dura. La epidemia de tifo de 1735-1737 causó un millón de víctimas, y el hambre de 1786, más de cien mil. Y, sin embargo, la colonia pasaba por su mejor época.

Durante el siglo XVIII el valor de la producción novohispana se sextuplicó. En 1700 la minería produjo tres millones de pesos; en 1804, 27 millones. También la industria textil hizo una buena carrera, y desde 1765, cuando empezó a regir una moderada libertad de comercio, las ganancias de los comerciantes se acrecentaron notablemente. De 1728 a 1739, vinieron a Veracruz sólo 222 barcos; de 1784 a 1795, 1,142. Únicamente la agricultura, organizada para el autoconsumo y de índole extensiva, se quedó atrás. Juan Antonio Yermo escribía en 1788: "En este reino, la agricultura no ha traído otro provecho que el de alimentar a sus habitantes." El virrey segundo conde de Revillagigedo informaba: "Hay aquí vasallos de Su Majestad dueños de centenares de leguas cuadradas... [de las que] sacan muy poca utilidad."

La prosperidad de la minería, la industria y el comercio sólo benefició a reducidos grupos sociales. El obispo Abad y Queipo aseguró, con leve exageración, que en Nueva España únicamente había dos clases de hombres: "los que nada tienen y los que lo tienen todo... No hay graduaciones o medianías, son todos ricos o miserables." El Barón de Humboldt lo ratificó: "México es el país de la desigualdad; en ninguna parte existe una desigualdad tan tremenda en la distribución de la riqueza, de la cultura y del cultivo de la tierra."

Bajo el imperio de la miseria y la ignorancia vivía el 98% de la gente; equivale decir, toda la población de tez oscura: indios, mestizos y mulatos. Fuera de las tribus nómadas del vastísimo Norte,

Tras la generación de los padres de la Compañía de Jesús, asomó la de los enciclopedistas, con Gamarra, Gama, Velázquez, Alzate y Bartolache como líderes. Entre sus múltiples preferencias sobresalen el estudio individual y silencioso, la ciencia moderna y el periodismo científico. En las instituciones creadas por los enciclopedistas, en el Seminario de Minería y en el Jardín Botánico, dejaron de oírse —según Bustamante— “aquellos desaforados gritos pulmonares que eran la contraseña de los peripatéticos cuando pretendían descubrir la verdad”. También se abandonaron la oratoria y el mamotreto como medios de expresión y propaganda. Los frutos intelectuales enciclopédicos vieron la luz en periódicos de vida efímera: el *Mercurio Volante*, los *Asuntos varios sobre ciencias y artes útiles* y la célebre *Gaceta de Literatura*.

A esta generación de sabios se debe, además, el recuento de los recursos naturales de la Nueva España, tarea en la que contaron con el auxilio del rey Carlos III que promovió expediciones marítimas para explorar las costas del Pacífico Norte, solicitó informes sobre plantas y minerales, patrocinó la Expedición Botánica e hizo censar la población novohispana, su riqueza y sus necesidades. Otro auxilio les vino del Barón Alejandro de Humboldt.

Resultado de esa vasta investigación fue la siguiente frase: “¡Habitantes de México! Vivid satisfechos porque vuestro suelo no cede a ningún otro, ya se considere lo saludable que es, su abundancia de inocentes aguas y víveres, lo benigno de su temperamento, la hermosura de sus contornos. . . Regocijaos de vivir en México.” Y también numerosos epítetos que se acostumbró agregarle al nombre de la patria: “preciosa perla de la corona española”, “niña bonita de España”, “ricos, dilatados y fértiles dominios”, “el mejor país de todos cuantos circunda el sol”, etcétera.

La subsecuente generación de intelectuales criollos, formada por nacidos entre 1748 y 1764, prosiguió el estudio de México, pero ya no del natural sino del humano. Había recibido en su juventud fuertes impresiones causadas por la independencia de Nueva Inglaterra, la revolución de Francia y el recrudecimiento de la tiranía española. Movida por ellas, se dio, con métodos estadísticos, al análisis de la sociedad y el Estado de su país. “Ya no hay —escribió en 1808 el oidor Villaurrutia— quien no hable y discurra, bien o mal, de política y de derecho”. Y hubiera podido añadir: “de economía y pro-

blemas sociales". Se escudriñó la población, la agricultura, la industria, el comercio, el indio, el mestizo, el gobierno y la fuerza militar de la Nueva España.

De ese examen salió una patria de intolerable presente y porvenir utópico. La constituían en el presente la desigualdad social y el despotismo político; pero, por sus cuantiosos recursos naturales, auguraba un futuro espléndido. México era el país de la grandeza natural que habían visto los enciclopedistas y de la miseria humana que veían los de la generación sociológica. Por sus posibilidades superaba a la metrópoli; por sus realizaciones era inferior, a causa de la metrópoli.

La tesis de que la metrópoli impedía el desarrollo de la colonia, aunada al sentimiento de que ésta tenía "dentro de sí misma todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes", hizo concebir la idea de la autodeterminación. "Una sociedad —argumentó fray Melchor Talamantes—, capaz por sí misma de no depender de otra, está autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli", máxime "cuando el gobierno de la capital es incompatible con el bien general de la nación y cuando los metrópolis son opresores de sus colonias." Y como si todo esto fuera poco, se dijo: "México, siendo independiente, llegará a ser la nación más poderosa del orbe." Con la independencia —argüiría el padre Hidalgo— "los mexicanos podrán mostrar a todas las naciones las admirables cualidades que los adornan."

Decidido el camino de la independencia, sólo faltaba el pretexto para encaminarse por él, y éste lo proporcionó Napoleón al invadir la Península Ibérica en 1808. Los criollos se encontraron frente a un hecho sin precedentes: no tenían autoridad legítima. Entonces se dijeron en forma altisonante y versificada:

"Abre los ojos pueblo americano
y aprovecha ocasión tan oportuna.
Amados compatriotas, en la mano
las libertades ha depuesto la fortuna;
si ahora no sacudís el yugo hispano
miserables seréis sin duda alguna."

El Ayuntamiento de México, integrado por criollos, declaró que, por la ausencia del monarca legítimo, la autoridad recaía en el pue-

blo y procedió a formar una junta representativa del neoespañol para gobernarlo con ella. Pero el ardid falló. La clase europea puso presos a sus autores. Ante la derrota, los criollos que habían llegado a la madurez, los de la generación difusora del ideal de la independencia, dieron marcha atrás, salvo una excepción ilustre, la del cura de Dolores, don Miguel Hidalgo y Costilla, primer caudillo de la juventud insurgente.